

Concilio a la Vista

11 de Octubre de 1962

Coronación feliz de una etapa preparatoria. ¡Pórtico grandioso de la Asamblea Jerárquica mayor de la Iglesia Católica!!!

Apenas a los tres meses de coronado como Papa, oye de pronto Juan XXIII una voz interior: CONCILIO. Deslumbra su espíritu el fogonazo fulminante de una luz que en el fondo dibuja esta palabra: CONCILIO. Y fundiéndose rápidamente las vibraciones sonoras y luminosas, se condensan el 25 de Enero en la Basílica de S. Pablo Extra Muros de Roma con el anuncio oficial del CONCILIO.

Papas, como Atlantes, un Pío XI, un Pío XII quisieron y aun intentaron la reunión de esa Asamblea; pero no creyeron que sus hombros, sobre el peso de la tarea diaria, resistiesen la carga del ciclópeo monolito conciliar. Juan XXIII con su fe sencilla y profunda, la que transporta cerros y montañas, anuncia que ese será el hecho más trascendental de su Pontificado.

No faltaron agoreros con el preuncio de una dilación sin fecha y hasta con la muerte del mismo Papa. El hombre de fe respondió con mirada tranquila y voz firme: "El Concilio se realizará y el Concilio lo convocará y presidirá Juan XXIII".

Con regularidad cronométrica se han recorrido las diversas etapas:

- 1) Encuesta mundial en la Jerarquía y Rectores de Universidades Católicas.
- 2) Clasificación por secciones de todas las respuestas y sugerencias.
- 3) Formación de 11 diversas Comisiones y tres Secretariados.
- 4) Sesiones generales de cada Comisión; algunas presididas por el Papa.
- 5) Creación y sesiones de la Comisión Central, encabezada por el Papa.

No se conoció descanso ni interrupción. Al servicio de las Comisiones se puso un personal selecto y numeroso con mística dinámica. Gracias a ella, pudo el Papa, al cabo de tres años, publicar la Constitución Apostólica "HUMANAE SALUTIS" del 25 de Diciembre de 1961:

"...Por tanto, tras de haber oído el parecer de nuestros hermanos Cardenales de la Santa Romana Iglesia, con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y con la nuestra, publicamos, anunciamos y convocamos para el próximo año 1962 el ecuménico y general Concilio que se celebrará en

la Basílica Vaticana, en los días que serán señalados oportunamente y que la Divina Providencia querrá depararnos.

Queremos, en consecuencia, y ordenamos que acudan a este Concilio Ecuménico por Nos publicado, todos nuestros queridos hijos Cardenales, los venerables hermanos patriarcas, primados, arzobispos y obispos, tanto residenciales como titulares, y, además, todos aquellos que tienen el derecho y el deber de intervenir en el Concilio".

Queda en ese hermoso documento una interrogante sobre la fecha del Concilio. Al mes y medio la dispó el Papa con el Motu Proprio de 2 de Febrero de 1962:

"Actualmente, tras cuidadosa consideración, con el fin de dar a los participantes en el Concilio la posibilidad de hacer anticipadamente sus preparativos, hemos llegado a la decisión de fijar la inauguración del II Concilio Ecuménico Vaticano para el día 11 del próximo mes de Octubre. Hemos escogido esta fecha, especialmente, por la razón de que está relacionada con el recuerdo del gran Concilio de Efeso, que fue de máxima importancia para la historia de la Iglesia".

Al llegar a esta fecha de principios de Octubre se impone una conclusión: En las etapas preliminares del Concilio, triunfó el hombre de Fe.

El recuerdo de Efeso

Determinante de la fecha del Concilio. Efeso, la hermosa ciudad que, como faro, se levantaba sobre la colina Coreso, en la desembocadura del Cayster, se transformó en importante centro comercial y en puerto de Sardes, la capital de Lidia. Allí anclaban, en activa importación y exportación, los veleros que de Grecia, Roma, y Oriente se deslizaban sobre el azulado Mediterráneo. Pero su renombre nació sobre todo de Diana o Artemisa. Los caudales de Cresos y el genio arquitectónico de Chersifrón, levantaron el famoso templo, centro de peregrinaciones del Asia Menor. Gran resonancia tenían las fiestas efesias que fueron degenerando rápidamente en licencia de costumbres y en transacciones comerciales. Bien lo experimentaría un día el apóstol San Pablo.

Pero los tiempos arrastran religiones y cultos falsos. El año 431 del Cristianismo, se había apagado el recuerdo de Diana. Ni siquiera su templo famoso resistió el embate y en vez de los himnos de Artemisa, se escuchaban los cantos a María, Madre de Dios.

De pronto en las bocas del Bósforo comenzaron a resonar palabras heréticas y su eco se iba propagando por el Asia. Nestorio, el Patriarca de Constantinopla, negaba el título de Madre

de Dios a la Santísima Virgen; y el Concilio de Efeso con sus doscientos Obispos, declaró heréticas las proposiciones nestorianas y definió la maternidad divina de la Virgen. Al enterarse el pueblo de la definición, se arremolinó en la plaza que se hacía frente a la Iglesia de Santa María, sede del Concilio; y con antorchas fue acompañando a los Padres Conciliares a sus domicilios y por varios días consecutivos, con banderas y gallardetes, con procesiones y nocturnas iluminaciones celebraron a Santa María, Madre de Dios.

Al cumplirse el año 1931 el XV Centenario del Concilio Efesino, quiso Pío XI, conmemorar tan fausto acontecimiento y para perpetuar más vivamente su memoria, estableció para toda la Iglesia una fiesta litúrgica con el título de, la Maternidad de la Bienaventurada Virgen María.

Y en esa fecha, tan de relieve en la historia de la Iglesia, inicia sus labores el II Concilio Euménico Vaticano.

Perspectivas del Concilio

Mucho se ha escrito sobre el Concilio, sobre sus perspectivas, sobre sus posibles corrientes. Quien se adentra en este laberinto literario se pierde sin remedio. Hablan y escriben demasiado y demasiados. Ni la discreción, ni la ciencia ni el espíritu acompañan a muchos. Ha sido necesaria la voz autorizada de algunos Cardenales para frenar tanta incontrolada fantasía.

Orientadores en extremo resultan los párrafos que escribe el Cardenal Montini sobre "Algunas perspectivas concretas del Concilio".

"Diremos sólo alguna brevísima indicación como para ensanchar el horizonte de las pequeñas aspiraciones individuales o colectivas de los que esperan del Concilio la satisfacción de ciertos restringidos intereses personales, de ciertos discutibles gustos particulares o de tantas imaginarias utopías y como para dar a nuestros votos y plegarias algún contenido más probable o alguna finalidad asequible. Diremos que, algunas de estas perspectivas conciliares se refieren a la parte interna de la Iglesia y otras a las relaciones externas que la Iglesia debe poner al día y restaurar".

Lo primero, en orden e importancia, es la unión cada día más íntima de la Iglesia con Cristo; con el Cristo del Evangelio que cristalice en un conocimiento más genuino, en una imitación más fiel y en una gracia más intensa y dinámica.

Ocuparán también preminencia las relaciones de Cristo e Iglesia; Papa y Obispos; Sacerdotes y fieles hasta llegar a una interpretación "no sólo jurídica, sino viviente de la Iglesia en torno de la Cátedra de San Pedro y podrá dar comien-

zo, sin intenciones reivindicativas, a una mayor y orgánica internacionalización del gobierno central de la Iglesia".

Sobre la posibilidad de la definición de algún dogma se encuentran pareceres muy diversos, pero en todos los sectores se siente "como un desideratum difuso en la Iglesia que el Concilio nos dé una advertencia, una amorosa sugestión, acerca de cómo debemos hoy conservar, profundizar y profesar la fe, más amenazada por la mentalidad derivada de los errores modernos en pensamiento y costumbres". Donde parece que abundarán más las disposiciones prácticas es en las relaciones de Clero, Religiosos y Seglares y en el sector litúrgico, pastoral y misionero.

Tema predilecto de conversaciones ocupa la puesta al día de la Iglesia. Bajo esa expresión tan vaga como ambigua se esconde un matiz de problemas superficiales y radicales. La adaptación temporal y ambiental denuncia vida; y esa adaptación que en los tiempos actuales ha invadido muchos terrenos es parte de la catolicidad de la Iglesia y de su capacidad de aceptar al hombre tal cual es, siempre conforme a la ley natural y positiva y de infundirle su espíritu de verdad y gracia. Pero esta adaptación no es absoluta; ni siquiera toca los valores originales y eternos.

Cuando hechos tan importantes como un Concilio se enfocan sin las lecciones que de la Historia plurisecular y la psicología humana de todos los tiempos se desprenden, se corre el riesgo de caer en ilusiones con el más rosado optimismo o en desalientos del más sombrío pesimismo. Reconcentrándonos en la historia de los Concilios, si bien todos ellos brillan como constelaciones, nunca consiguieron ni disipar las tinieblas ni arrancar por completo los vicios. La acción de la Iglesia es vital; por lo tanto lenta y continua; nunca espectacular ni momentánea. "En consecuencia, el Concilio no decretará reformas radicales y asombrosas como para hacer de la Iglesia una institución nueva, moderna sobre los temas jurídicos de la vida asociada contemporánea. Se siente la necesidad de retoques, sin cambios sustanciales, pues no existe una infidelidad al genuino pensamiento de Cristo, sino una adaptación que conjugue el espíritu del divino Fundador con la evolución de la sociedad humana".

Ni el Concilio puede ser la fórmula mágica que acabe con los desmanes de la humanidad. Se apunta y se anuncia la renovación de un espíritu nuevo; de una nueva primavera religiosa; pero en ningún campo cuajan en su plenitud los árboles floridos, ni se logra en su totalidad la cosecha anunciada.

Bajo otros aspectos ha estudiado el CONCILIO el Cardenal Suenens. Deben todos tener presente que el Concilio no es un Parlamento, ni un Congreso religioso internacional, ni una Asam-

blea de la O.N.U., ni una revolución en la Iglesia. "Un Concilio es, lo primero y sobre todo, una cita colectiva del Colegio apostólico entero con el Espíritu Santo; un encuentro vertical; el recibimiento de una inmensa efusión del Espíritu Santo para nuestro tiempo; una especie de nuevo Pentecostés... Es Dios que viene a visitar a su pueblo. Es Cristo Salvador que envía su Espíritu a los suyos para que venga en su nombre a instruirlos en toda verdad".

Surge en el Concilio un misterio de esperanza, porque para esta sociedad que se debate en ansias de muerte, el cristianismo íntegramente vivido o, por lo menos, mejor vivido, encierra la solución de múltiples problemas. Ahora bien, el Concilio es una Asamblea de la Iglesia militante que hace un alto en su ruta laboriosa y quiere hacer revisión de vida colectiva para acto seguido, servir mejor a la humanidad, siendo más pura, más fiel, y dejando transparentar mejor a Jesucristo.

Por otra parte, en esa renovación tiene que tomar parte extraordinaria lo que constituye el distintivo del cristianismo: la caridad; es el Concilio misterio de caridad. Cuando se habla de primavera espiritual cada uno debe pensar en su fidelidad al mensaje de Cristo, o como dice el Cardenal Suenens, "si el rostro de Cristo resplandece sobre nuestra frente y si nosotros lo hemos velado u oscurecido". No solo lo contra-

rio, sino cuanto se desvía del espíritu cristiano no tiene cabida en la Iglesia de Cristo. Solo entonces, como lo ha repetido Juan XXIII comenzará a sonar la hora de la vuelta de nuestros hermanos. Eco del mismo pensamiento son las palabras del Primado de Bélgica: "todo lo que hace a cada cristiano más cristiano; todo lo que hace a la Iglesia más verdadera, es decir, más santa en cada uno de sus miembros apresura la hora tan deseada del Maestro: QUE SEAN UNO".

El pensamiento fundamental de cada católico en esta hora se encierra en estas palabras pontificias: "La obra del nuevo Concilio ecuménico tiende toda ella a devolverle al rostro de la Iglesia su esplendor dentro de las líneas más puras y simples de su origen y a presentarla tal cual la hizo el divino Fundador; sin mancha y sin arruga".

En Roma y en el corazón del Concilio estamos todos los fieles con nuestros Pastores. Pero cada uno de nosotros tiene su labor de personal colaboración. Nos la exige el Papa. Oremos. Hagamos penitencia. Recibamos con sincera sumisión todas las decisiones del Concilio y pongámoslas en práctica con entusiasmo.

El 11 de Octubre asoma una aurora refulgente en el horizonte de la Iglesia.

VICTOR IRIARTE, S.J.

¿Por qué es Roma la sede del Concilio?

(De la preciosa pastoral del Card. Montini, PENSEMOS EN EL CONCILIO, entregamos estos párrafos).

1) Roma, ciudad de la Iglesia de Cristo. Nos parece que conviene asociar, ciertamente, el concepto de Roma al Concilio. Y no ya porque un Concilio Ecuménico haya de tener su sede necesariamente aquí, dado que la mayor parte de estos acontecimientos no se han celebrado precisamente en Roma. Pero es evidente que un Concilio Ecuménico encuentra en la Ciudad Eterna su sede mejor y que el lugar da al acontecimiento un relieve mayor; así como el acontecimiento hace resplandecer al lugar con su propia y congénita luz. Roma es la ciudad de la unidad, de la autoridad, de la catolicidad, de la universalidad, de la verdad, de la caridad.

... Y ¿qué es un Concilio Ecuménico sino la celebración de estos ideales humanos que sólo la religión de Cristo realiza, eterniza y santifica? Roma es la ciudad de la Iglesia; un Concilio es un momento de plenitud de la Iglesia. Roma es la ciudad de Cristo; un Concilio es una hora especial de presencia mística y operante de Cristo en su Iglesia y en el mundo...

2) Roma, ciudad universal. Dos pensamientos han afluido sobre todo a nuestra mente en esta continua sucesión de sentimientos y de ideas, que solo la Roma católica suele suscitar en quien la contempla; dos pensamientos que, como también otros, encuentran aquí innumerables expresiones o testimonios, que hacen muy fácil experimentar tales sentimientos en esta atmósfera bendita. Uno es el de ROMA PATRIA COMMUNIS; nadie es forastero en Roma, si sabe adaptarse a su carácter. Todos cuantos vengan a Roma para esta solemne Asamblea no serán en ella extranjeros, ni huéspedes, ni turistas, sino ciudadanos. Quien peregrina hasta Roma conoce y siente esta misteriosa elección de ciudadano de la verdadera humanidad se sentirán como en propia casa.

3) Roma, ciudad de la esperanza. Roma tiene un destino que se proyecta en el futuro. Su historia no ha terminado y ni basta siquiera la presente para realizar la potencialidad de su misión en el mundo. En Roma, nada ha terminado; todo está comenzando siempre. En Roma, el proceso de las necesidades humanas encuentra su sede suprema de apelación. En Roma, la confianza y el arte de la perfectibilidad humana están como en su castillo, en su taller. Sobre su suelo no habita el pesimismo. En ella la redención es siempre realizar hasta que se forme Cristo en nosotros.

... Y la circunstancia de que el Concilio, o sea, toda la Iglesia docente y evangelizadora, se reúna en Roma, da la impresión de que la esperanza que ha despertado, se despliega, como una bandera al viento de la historia, haciendo difundir en el mundo inquieto que va a la deriva, una especie de signo orientador y conforme".